







# EL RETRATO DEL DEPREDADOR

LAS AVENTURAS DEL DIABLO BLANCO  
Y LA DIOSA SANGRIENTA





Miguel Rivera

# EL RETRATO DEL DEPREDADOR

LAS AVENTURAS DEL DIABLO BLANCO  
Y LA DIOSA SANGRIENTA



Primera edición: enero 2019

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Miguel Rivera

ISBN: 978-84-17548-96-4

ISBN digital: 978-84-17548-97-1

Depósito legal: M-41438-2018

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*Para mi madre, para mi amigo Hugo, y para a todo aquel  
que se sienta fascinado por el lado oscuro de la mente humana.*



## PRÓLOGO

La luna llena revelaba el camino enmarañado en las afueras del pueblo, en aquella bochornosa noche de verano. Mi reloj digital, prueba del progreso tecnológico que tan pocas veces se veía en Ángara, indicaba las cero horas y quince minutos de la madrugada del veinticuatro de agosto del año de 1989. El ruido de mis pisadas, aplastando pequeñas ramas y matojos, acompañaba los sonidos típicos de la noche, y aferré con mi mano izquierda el revólver que guardaba en el bolsillo para calmar mi ansiedad. Era improbable que nadie más estuviera armado en los alrededores del pueblo, ya que era por herencia de mi tío que había obtenido años atrás aquella arma de fuego; algo que nadie más tenía forma de conseguir. Además, aquello que iba a buscar no era humano. No necesitaría estar armado para acabar conmigo si lo deseaba.

La vida tediosa y desgana en una pequeña ciudad en las afueras de un país remoto del este de Europa, sin más estímulos que leer libros importados o trastear con ordenadores, me llevaba a acometer este tipo de planes para mantenerme entretenido. Se decía en el pueblo que llevaban una semana apareciendo animales muertos con dos marcas en el cuello, totalmente desangrados, y ello me llevó a interesarme por la persona capaz de llegar tan lejos con una broma, a menos que mis sospechas fuesen correctas y se tratase de algo muy diferente. Para mí representaba diversión y recreo de la monotonía, y era por eso por lo que me encontraba caminando en la arboleda, con la luz de la luna filtrándose entre las

ramas, con la linterna en la mano derecha y la izquierda aferrada al revólver metido en mi bolsillo.

Durante aproximadamente media hora, simplemente seguí caminando, casi olvidando mi objetivo, y centrándome más en el aire caliente, el olor de los árboles y las formas que se dibujaban entre las hojas, los troncos y las piedras. Parte de la razón de mi aventura era disfrutar de aquellas sensaciones, pues escaseaban en las cortas noches del verano, y esa combinación de calor y contraste de luces y sombras me transportaba a otro mundo de una forma que las películas importadas no conseguían. Y puesto que no era sabio alejarse demasiado de la seguridad del pueblo, aquella arboleda era uno de los pocos lugares que me rescataban de la monotonía y me transportaban a un lugar que solo se podría describir como mágico.

Mientras saboreaba esas sensaciones, volví a la realidad cuando mi pie derecho tocó algo que inmediatamente supe que era algún tipo de animal. Dirigí mi linterna a su cuerpo, y pude comprobar que se trataba de un pequeño perro. El nerviosismo amenazaba con hacerme titubear, pero conseguí reprimirlo y me agaché para observar con más detenimiento. Su cuerpo aún estaba caliente, con lo cual era obvio que había estado vivo muy recientemente. Pero lo que de verdad disparó las alarmas en mi cerebro fue ver los dos pequeños agujeros que decoraban su cuello, con un rojo brillante emanando de ellos.

Contuve la respiración y apunté con la linterna a mis alrededores, intentando revelar al responsable, pero sin éxito. Mis instintos me aseguraban que la huida era la opción más sensata, pues el responsable podía estar cerca, pero mi curiosidad era más poderosa. Seguí avanzando durante unos pocos minutos más y enseguida pude atisbar lo que me pareció ser una fuente de luz poderosa. Durante un momento, tuve la extraña sensación de que estaba observando una cara en la oscuridad, blanca y esculpida como la superficie de la luna, pero mi sentido común no permitió que esa interpretación echase raíces, y unos cuantos pasos más en su dirección me dieron a entender lo que pasaba.

Me encontraba ahora en un pequeño prado con un lago en su centro, y la luz de la luna se reflejaba en el agua con una fortaleza casi dolorosa para mis ojos acostumbrados a la oscuridad. Respiré hondamente, saboreando la hermosura del lugar, puesto que se apreciaban incluso las manchas de la luna reflejadas en el agua. Y fue por eso por lo que tardé varios minutos en darme cuenta de que no era la única fuente de luz, sino que al otro lado del prado, entre los árboles, había otro punto blanco. Tras avanzar unos metros, noté cómo la sangre abandonaba mi rostro por el temor.

Sin lugar a dudas se trataba de una cara, aunque más bien parecía una máscara. La impresión que me había dado de que irradiaba luz propia había sido sin duda por el contraste con la negrura que había a su alrededor, pero aun así resultaba absolutamente fantasmal. Tan paralizado estaba que fui incapaz de huir cuando el rostro empezó a acercarse. Poco a poco la silueta de su cuerpo entró en el prado, y la luz lunar me permitió ver que se trataba de un hombre de gran estatura, larga melena blanca y cara arrugada. Cuanto más cerca lo tenía, más podía apreciar lo marcados que eran sus rasgos faciales, pues parecían tan brutales como los cráteres de la luna, y estaban adornados con un líquido brillante que enseguida comprendí que era sangre. Sus ropas eran andrajosas y su aspecto general era pobre y desaliñado. Y sin embargo, todo su ser irradiaba una cierta energía que inspiraba el más supremo de los respetos. Caminaba completamente erguido, a pesar de tener aspecto de estar herido, y sus pasos eran lentos y deliberados.

Yo simplemente permanecí en mi sitio, con el temor y la admiración golpeando mi cerebro constantemente e impidiéndome hacer otra cosa que quedarme quieto como un estúpido. Sentí que lo tenía al lado y que su cara se cernía lentamente sobre mí, tanto que llegué a notar su aliento sobre mi piel. Esto continuó durante lo que me pareció una eternidad, hasta que finalmente dejé de percibir su respiración. Habiendo recuperado el control de mi cuerpo tras unos minutos, saqué el revólver y me di la vuelta, pero ya no podía verlo en ningún lugar del prado.



Llené mis pulmones del húmedo aire de aquella noche de verano de finales del siglo XX, todavía afectado por haber estado en presencia de algo que ya entonces estaba seguro de que superaba con creces mi entendimiento y experiencia en el mundo. Fue ese encuentro con un ser que solo se puede describir como «sobrenatural» lo que hizo que empezase a pensar que todo lo que había leído era cierto, pero la magia ya se había desvanecido. Inicié el lento regreso al pueblo, al lugar que tan familiar resultaba y a la seguridad que representaba, pero en mi interior ya había dado el paso que me iba a hacer resbalar y caer en la madriguera, hasta el fondo. El caos y el orden habían iniciado su danza, y solo el tiempo dejaría claro cuál sería el vencedor.

# CAPÍTULO PRIMERO

## AGOSTO DE 1989

«La libertad absoluta que acarrea la inmortalidad, junto con la capacidad de asesinar con impunidad, lleva a la superficie la capacidad para la malevolencia que reside en cada corazón humano. La abdicación de la responsabilidad por la muerte de una vida consciente es el único camino que puede seguir una criatura cuyo instinto homicida se ha convertido en parte intrínseca de su ser, y esto solamente puede llevar al inframundo; una vez que la persona se ha hundido lo suficiente en este, ya no tiene salvación.

Este es el ultimátum que los Historiadores dan a aquellos que tienen como objetivo la trascendencia del mundo humano y el alcance de un plano de existencia superior.

Siete de septiembre del año de 1956».

Tales eran las palabras que leía yo en un monitor Commodore 1084S; los rayos catódicos del tubo me perforaban los ojos en la oscuridad de la habitación. Me producía una extraña satisfacción que toda la luz de la habitación se concentrase en unas pocas fuentes: el monitor, los LED del Amiga 2000 que había encima de mi escritorio, la luz del sol filtrándose entre las persianas. El suave y rítmico ruido de la disquetera acompañaba dichas luces, y solamente me distraía de vez en cuando.

Pero, por supuesto, lo más importante de la habitación, con diferencia, era el enorme libro que tenía al lado del ordenador,

cuya introducción acababa de traducir al ángaro, mi idioma natal. Recibido como herencia tras la muerte de mi tío, la escasa luz dibujaba sus bordes y dejaba entrever las páginas. Tenía una dura cubierta negra, y en ella rezaba lo siguiente: «Libro de los Historiadores». Todavía tenía olor a mustio, pues debía de ser tan viejo como su contenido daba a entender, un contenido del cual ni una sola palabra hubiera creído yo de no haber sido por la experiencia fantasmagórica que había tenido la noche anterior en el pequeño prado del lago.

Ángara, mi tierra natal, era un pequeño país situado en la parte sur de Europa del este, y su situación en las áreas menos desarrolladas era más análoga al siglo XVII que a un lugar civilizado de finales del siglo XX. La pobreza, la religiosidad y la superstición reinaban. En un pueblo tan pequeño y apartado como era aquel en el que yo vivía, la gente parecía salida de la Edad Media, exageraciones aparte. Al ser el hijo de una de las grandes familias de la capital, desde pequeño se me habían inculcado valores tradicionales; sin embargo, gracias a la importación de libros, películas y música de países avanzados del oeste de Europa y los EE. UU., mis ideas habían ido cambiando con los años y eran ahora muy cercanas a las de estos. Era por eso por lo que a una persona racional como yo le costaba tanto digerir un libro en el cual la palabra «inmortal» se veía tan a menudo, y escrita sin ironía aparente.

El encuentro con la criatura que parecía estar descrita a la perfección en el *Libro de los Historiadores* debía de reducirse a una confusión mía, o a un error de mis sentidos y capacidades de observación y razonamiento.

Me levanté de la silla, me acerqué a la ventana y abrí las persianas. Eran las ocho de la tarde y el sol empezaba ya a ponerse, dando un tono rojizo a los pequeños edificios de aspecto pobre; lo más bonito era la arboleda que se podía ver en la distancia. Sin lugar a dudas, las ciudades metropolitanas que veía en las películas estadounidenses me hacían detestar la simplicidad y vulgaridad de aquella en la que vivía. La comparación siempre me produ-

cía una sensación de desasosiego e insatisfacción. Por supuesto, no era tan ingenuo como para pensar que todas las ciudades del «mundo avanzado», como a mí me placía llamar a Europa occidental y América del norte, eran un nirvana paradisíaco de progreso, civilización, tolerancia y el resto de los términos que yo asociaba con los rascacielos y las refinerías, con los grandes almacenes y los centros comerciales llenos de restaurantes y tiendas de electrónica. Pero cuando posaba los ojos sobre los edificios de piedra antiguos, las casas con tejados rojizos, la iglesia... me llenaba el ansia de algo más, de que llegase el momento de irme y buscar ese lugar mágico que me prometían las numerosas cintas que importaba e introducía en el VCR, y que veía hasta que el tubo de la televisión me hacía daño en los ojos. Un lugar donde la pobreza y la superstición no existían.

Le di la espalda a la ventana y me dirigí de nuevo hacia el escritorio, esta vez para abrir el *Libro de los Historiadores* y hojear algunas de sus páginas, hechas de pergamino y repletas de caracteres elaborados; el libro había sido escrito a mano hacía muchos años. Era relativamente grueso, aunque parte de ello se debiese a estar hecho de pergamino y no de papel, y yo había contado unas doscientas páginas. El texto principal estaba escrito en francés, un idioma con el que yo no estaba en absoluto familiarizado, lo cual hacía necesaria la tediosa tarea de utilizar un programa de traducción en el Amiga 2000 para poder leer los contenidos del libro. Además, era evidente que los escritores habían utilizado palabras antiguas y expresiones que ya se encontraban en desuso, con lo cual en ocasiones era necesario buscar en varios diccionarios. Introducía el texto frase a frase, y entonces arreglaba las palabras de modo que tuvieran sentido en inglés, un idioma al que estaba mucho más acostumbrado, y finalmente lo pasaba al ángaro. Era un trabajo cansino, pero los frutos merecían la pena. Tras un par de horas de esfuerzo, había pasado de la introducción a tener el primer capítulo entero en la pantalla del ordenador.

De «inmortales» hablaba el libro, de su investigación por parte de un grupo llamado «los Historiadores», el cual había sido formado en París en la primavera del año de 1792. Su misión: investigar el fenómeno de la inmortalidad y la historia de la raza poseedora de tal cualidad, a los cuales llamaban sencillamente «inmortales»; afirmaban que los orígenes de tal raza eran tan remotos que resultaba imposible imaginarlo siquiera. El propósito del libro era, por lo tanto, documentar toda la información disponible y formar una tabla temporal que abarcara desde la formación del grupo de los Historiadores hasta el presente. Se trataba de un proceso constante que no iba a terminar nunca; el libro siempre necesitaría ser actualizado. Sin embargo, la fecha de la introducción rezaba 1956, con lo cual había una brecha de 33 años entre el último punto de la tabla y el presente. Por supuesto, era posible que existieran ediciones más recientes del libro y que yo hubiese tenido la mala suerte de recibir una vieja.

Solté un resoplido. En circunstancias normales, el *Libro de los Historiadores* me habría resultado entretenido como lectura de ficción, incluso divertido. Pero al tener en cuenta el encuentro de la noche anterior, las palabras escritas a mano en el pergamino cobraban una autenticidad fascinante y seductora, pues la descripción que ofrecían más adelante de la raza en cuestión era muy parecida, en particular en lo referente a su piel pálida. Y aunque no tuve la oportunidad de comprobar la característica más distintiva, los colmillos, el momento en el que se acercó a mi cuello hasta sentir yo su respiración, casi dudando, parecía sugerir que sí los tenía. Pero lo que más me inclinaba a creer las historias del libro era algo que no formaba parte del lado racional de mi mente. Se trataba de la sensación que había recorrido cada milímetro de mi cuerpo cuando estuve en presencia de aquel ser; un visitante de un plano superior era lo que me había parecido.

Cerré el libro y me dispuse a abandonar la habitación, no sin antes apagar el Amiga 2000.

El resto del edificio era de aspecto igualmente moderno, similar a cualquiera que se pudiese encontrar en el mundo avanzado.

Había sido construido en 1978 y tenía unos lujos con los que el resto de la ciudad solo podía soñar: calefacción, luz, electricidad e incluso teléfono, que usaba principalmente para conectarme a redes BBS. Mis padres vivían en la capital; formábamos parte de una familia aristócrata de gran fortuna, con lo cual yo no tenía necesidad alguna de ensuciarme las uñas trabajando y podía dedicar mi existencia al cine, la lectura y la computación. Recibía una cantidad de dinero generosa cada mes por parte de mi padre, que me permitía cubrir mis necesidades básicas sin problemas. No teníamos criados de ningún tipo, y aunque hubiera sido posible contratarlos, yo no habría querido. Prefería encargarme de las labores de la casa yo mismo, aunque eso fuese en contra de los valores tradicionales de la familia. Más que tratarse de un intento por ser moderno, era una declaración de independencia, la poca de la que era capaz.

Pero yo no era el único habitante de aquella casa. Había alguien más con quien compartía morada, desde aquel día hacía cinco años.

Me detuve delante de una puerta al fondo del pasillo, respiré hondo y entré sin llamar. Mi campo de visión se llenó de la suciedad habitual de aquella habitación. Ropa desperdigada, principalmente vestidos, bolsas de basura y demás indicios de que no se trataba de la morada de una persona de gran salud mental. Me abrí paso entre los despojos para acercarme a la figura que estaba enfrente de la ventana abierta, reposando los brazos en su parte inferior.

—Hermana, ¿vas a quedarte aquí el resto del día, o quieres bajar a cenar? —fue la tontería que se me ocurrió decir para llamar su atención. Su larga melena de color castaño estaba tan enmarañada como siempre, y se me pasó por la cabeza que a nuestro padre no le haría ninguna gracia ver a su hija, una de sus esperanzas de continuar el linaje de la familia, siempre con un aspecto tan dejado, como si le trajese sin cuidado atraer a algún hombre que pudiese estar interesado, aunque, por supuesto, ya había pasado con creces la edad habitualmente considerada como adecuada para casarse. Y él había abandonado esa esperanza hacía mucho ya.

Se dio media vuelta para darme la cara. Tenía, al igual que yo, piel clara y rasgos caucásicos de cierta dureza, aunque en su caso ya se podían apreciar unas muy ligeras arrugas, que daban fe de hasta qué punto se había echado a perder, pues su edad era de apenas veintinueve años, nueve más que yo. Era una mujer alta, de un metro setenta y un centímetros, de modo que, las pocas veces que se erguía por completo, era casi tan alta como yo. Su expresión agotada, con la frente cubierta por el flequillo, no cambiaba casi nunca, y por muy acostumbrado a ella que yo estuviera, siempre conseguía arrancarme parte de mi energía también. Eleanour era su nombre, uno que solía estar reservado para gente de la realeza en los tiempos de la Europa medieval, y que demostraba las esperanzas que habían depositado nuestros padres en ella cuando nació. Esas esperanzas no llegarían nunca a ninguna parte.

—Bajaré después a cenar contigo. No hace falta que me pases la comida como si fuera una reclusa.

—Te comportas como una reclusa, hermana —repliqué. A pesar de referirme a ella por ese apelativo, debido a la costumbre de la familia, por lo demás le hablaba con franqueza y sin tapujos.

—Tienes razón —repuso, forzando una sonrisa—. ¿Has importado algo nuevo? ¿Alguna película? —me preguntó.

—Sí, lo más reciente ha sido un LaserDisc de *Están Vivos* —dije, resistiendo las ganas de decirle que ella empezaba a parecerse a una de las criaturas de la citada película. Yo quería a mi hermana desde que tenía uso de razón, pero siempre me mantenía a una cierta distancia, porque su comportamiento siempre había dado a entender que no quería la compañía de nadie. La admiraba desde siempre, y estaba convencido de que tarde o temprano renacería de sus cenizas, por así decirlo, y se convertiría en una mujer vibrante y admirable; sin embargo, llevaba casi diez años sin salir de su agujero. La conversación continuó durante aproximadamente un minuto más, y fue más bien mundana. Cuando me había dado la vuelta y tenía ya la mano en el pomo de la puerta, la oí llamarme por mi nombre.

- Isaac...
- ¿Sí, hermana?
- Me gustaría ver la película. Después iré un rato a tu habitación.
- Como quieras. Voy a salir un momento a ver a Andrei.
- De acuerdo —repuso. Su expresión era casi tierna cuando dijo esto último, pero yo ya tenía un pie fuera de la habitación.

Caminando entre los edificios podía apreciar mejor la gran diferencia que había entre el pueblo, que tenía por nombre Émil, y las ciudades que yo ansiaba visitar. Tanto el camino como las casas eran de piedra, y algunas de madera; las terrazas de la posada, las hiedras que trepaban por las paredes, las chimeneas y, por supuesto, la gente, de aspecto tan tradicional como el de las viviendas que habitaban... La humedad del verano completaba el ambiente al que tan acostumbrado estaba. Para algunos, habría resultado un lugar pintoresco para visitar. Para mí, era una cárcel rural que no podía ofrecerme nada.

Cerca de la iglesia, que se hallaba en una pequeña colina de las afueras, encontré a Andrei. Se trataba de un hombre procedente de Rumanía de unos treinta y siete años, con cejas pobladas, mejillas rellenas y complexión baja, que daba la impresión de estar siempre sonriendo. Su fuerte acento rumano, combinado con sus a menudo extravagantes expresiones faciales, le convertían en una persona tan entretenida de observar como de escuchar, y era el único en toda la ciudad con quien yo hablaba a menudo. Vivía en uno de los edificios más avanzados, como yo, y disponía de electricidad y teléfono. Incluso había sido capaz de construir una antena que le permitía recibir señales de televisión de otros países, así que a menudo estaba más informado que yo sobre temas de actualidad y política; yo solamente podía sacar información de conversaciones con otra gente en las BBS.

Me acerqué a él y me dio una palmada en el hombro como saludo, su habitual forma jovial de decir hola. Comenzamos a caminar hacia la posada mientras él me contaba lo último que había descubierto.

—¿Voyager 2?

—Exacto, la raza humana está a punto de tener fotografías del planeta Neptuno y de su luna más grande por primera vez en la historia —me respondió emocionado—. Quizás tú puedas encontrar alguna en esas redes que frecuentas. ¿Estás metido en alguna sobre exploración espacial?

—Por supuesto; si encuentro alguna foto te avisaré. Lo mejor sería conseguir una conexión a Internet, pero para eso tendría que mudarme a los EE. UU. o a alguna capital europea. No me falta el dinero, pero ya conoces nuestra situación. Mis padres insisten en que me quede cuidando de mi hermana, y yo tampoco quiero alejarme de ella, si te soy sincero.

—Muy pronto conseguiremos salir de aquí; veremos la segunda parte de *Regreso al Futuro* en los cines el primer día. Te lo aseguro —me dijo con una sonrisa alentadora. Le respondí forzando otra por mi parte—. De hecho, últimamente me apetece volver a ver la primera —añadió con un guiño.

—¿La tienes en LaserDisc?

—No todos somos tan asquerosamente ricos como tú, Isaac —el tono divertido de su voz daba a entender que no me lo echaba en cara.

—Entonces pasaré la película a cinta y te la daré.

Nuestro tema principal de conversación, aparte de la actualidad, era a menudo el cine, así que continuamos hablando hasta que llegamos a la posada. Por entonces ya había caído la noche y se podía ver la luna llena, tan brillante como lo había sido veintidós horas antes, cuando yo me adentraba en la arboleda hacia aquel encuentro fantasmal. El recuerdo me dio la idea de preguntar a Andrei, así que eso hice cuando tomamos asiento.

—Lo que me describes se parece al mito europeo del vampirismo. Ya sabes, aparece en muchas películas, especialmente las de Christopher Lee. Interpretó al conde Drácula en muchas desde los años cincuenta. Creo que la más reciente es de hace trece años —dijo. Como siempre, su interés por el cine salía a relucir—. Seguro que las tienes todas en cintas viejas. Esta noche haz un buen maratón y ya verás como mañana te habrás olvidado de esa fantasía que me cuentas. O tal vez te obsesiones más, quién sabe.

Dudé de si debía hablarle acerca del libro, pero en el último momento decidí no hacerlo. No habría sabido explicar por qué me había asaltado la incertidumbre; lo único que tenía era una vaga sensación de que era lo más prudente.

—¿Cómo explicas la sensación que tuve al observar a esa criatura? —continué presionando. Él me respondió con una sonrisa burlona.

—Isaac, cualquiera diría que has crecido en un pueblo perdido y, por muchos medios extranjeros que hayas consumido, no te has librado completamente de la superstición —me dijo, y yo esboqué una mueca. Su sonrisa se acentuó—. Las viejas leyendas nacieron porque la gente no entendía la realidad como la entendemos nosotros. No habían avanzado lo suficiente, por lo que se confundían al observar fenómenos y recurrían a la religión y a lo sobrenatural para explicarlos. Me cuesta creer que estés diciendo esas cosas.

—Es posible que solo se trate de una criatura parecida a las de las leyendas de las que me hablas, y que en realidad sea algo totalmente diferente que puede ser explicado con la ciencia actual. O mejor aún, que la haga avanzar. En cualquier caso, ese encuentro es lo más fascinante que me ha ocurrido en años. No voy a dejar de pensar en ello así como así.

—¿Y qué vas a hacer? —me preguntó, arqueando las cejas.

«Continuar traduciendo el libro» fue lo primero que se me ocurrió, pero me tragué las palabras. No conseguía deshacerme de la extraña sensación de que debía mantener dicho libro en secreto a toda costa.

—Investigar, imagino que preguntando a la gente. Puede que de alguna forma acabe consiguiendo una pista.

—Buena suerte —me respondió, con un gesto que no dejaba claro si consideraba que mi idea era una buena manera de pasar el tiempo o una pérdida total del mismo.

La luz del mediodía atravesaba las persianas y se mezclaba con la de la bombilla eléctrica del techo, mientras yo continuaba trabajando en mi ardua tarea de traducir el *Libro de los Historiadores*. Mi poco gusto por el idioma francés era mitigado por la satisfacción de traducirlo a otro que me causaba mayor agrado, y tras unas cuantas horas dedicándome a esa tarea por la mañana, ya había traducido otro capítulo. Este describía en detalle la raza de los inmortales, afirmando que su piel era más pálida de lo normal y que poseían colmillos que clavaban en el cuello o la muñeca de su víctima para extraer sangre, la cual necesitaban para sobrevivir. La luz del sol, decían los Historiadores, resultaba fatal para ellos, y de verse expuestos a ella su piel se quemaría, sus órganos internos serían destruidos y sus huesos se romperían hasta que no quedara del inmortal nada más que sus restos. La rapidez con la que esto sucedería dependía del poder del individuo y de la hora del día; a mayor luz solar, más rápida la destrucción. Pero ni siquiera eso los mataría necesariamente pues, suponiendo que se refugiasen a tiempo, acabarían por regenerarse, algo que ocurría con cualquier tipo de herida que pudieran sufrir. Poseían una fuerza y una rapidez que superaban varias veces la que habían tenido como humanos, aunque también era un factor importante el poder del inmortal que realizase la transformación. Sus sentidos se agudizaban; tanto la vista como el oído, el olor, el tacto y el gusto eran amplificadas con creces.

Su sangre tenía propiedades de regeneración; se podía utilizar para curar heridas a los mortales, siempre que no se administrase

demasiada cantidad, pues en tal caso era posible infectar sus cuerpos.

Uno de los aspectos más interesantes de la descripción era el de la longevidad. Los Historiadores afirmaban que, pese a la creencia popular de que los inmortales vivían eternamente, ellos solamente habían podido confirmar la existencia de aquellos que no habían superado los doscientos años. Todos los inmortales a los que ellos habían conocido o de los que habían oído hablar a partir de una fuente fiable habían sido destruidos, se habían suicidado o simplemente habían desaparecido antes de llegar a edades avanzadas. Sostenían que, aunque un inmortal llegase a los seis mil años, por ejemplo, eso no garantizaba que su cuerpo no acabase por deteriorarse y morir tras otros seis mil. Era imposible demostrar que los inmortales, irónicamente, fuesen realmente inmortales.

La sección menos documentada era la de cómo matarlos, pues lo único que sabían con seguridad era que la exposición prolongada a la luz del sol o al fuego eran formas seguras de poner fin a sus vidas. Otros métodos, como el desmembramiento, solo parecían tener un efecto temporal para incapacitarlos, pues aunque les cortasen una mano, el muñón terminaría por cerrarse, evitando que se desangrasen. Incluso recibir un balazo en la cabeza era insuficiente, pues la parte afectada del cerebro se regeneraría en poco tiempo. A la hora de luchar, la sangre se agitaba, por así decirlo, y el inmortal sentía un deseo imperioso de abandonarse a la violencia; sus capacidades físicas aumentaban temporalmente.

Explicaban también que el cuerpo de un inmortal pesaba más que el de un humano y que, de encontrarse uno bajo el agua, se mantendría a varios pies de profundidad a menos que nadase. Les era posible «hibernar», es decir, poner el cuerpo y la mente en suspensión, y pasar así muchísimos años, sanando las heridas físicas y mentales. Esto se hacía bajo el agua.

Fui avanzando por la ventana del procesador de texto hasta llegar por fin a la última parte de aquel capítulo, dedicado al resumen general de las características de los inmortales, y ahí estaba la

sección de la «trascendencia», el procedimiento que transformaba a un ser humano en un miembro de la raza de los inmortales. Consistía en que el inmortal bebiese una gran cantidad de la sangre del humano, para después devolvérsela mezclada con la suya propia, normalmente mordiéndose su propia muñeca para permitirle beber de ella. El proceso del cambio físico tardaba en completarse en su totalidad casi un mes entero, aunque lo principal ocurría en apenas unas cinco horas. Tras ese tiempo, el sujeto tenía casi todas las características de la inmortalidad, que se iban ajustando poco a poco hasta terminar el mes anteriormente mencionado. Además, tras completar el proceso de la trascendencia, se formaba un vínculo entre maestro y discípulo, que era de carácter psicológico. El amo poseía un cierto nivel de control mental sobre el esclavo, y este último no podía rechazar órdenes directas salvo en caso de tener una voluntad considerable. Habían oído hablar de casos en los que un inmortal hacía esto con otro inmortal, pero el nivel de control era mucho menor.

Esos eran los detalles principales descritos en el segundo capítulo del *Libro de los Historiadores*. Suspiré profundamente y decidí salir de mi habitación para despejarme, y tras dar unos pasos me di cuenta de que algo estaba fuera de lo normal. La puerta de la habitación de mi hermana estaba abierta. Me acerqué para observar y comprobé que ella no se encontraba dentro. Bajé las escaleras hasta el primer piso y abrí la puerta de la casa para salir. Nuestro edificio se encontraba en las afueras, en una colina, justo en el otro extremo de la ciudad, donde se hallaba la iglesia. No me costó encontrar a Eleanour; estaba observando la ciudad con un aspecto melancólico y desaliñado, sentada en la hierba. Me acerqué a ella y, cuando se dio cuenta de mi presencia, me saludó con la cabeza, con una levedad casi imperceptible. Creo que le pregunté a santo de qué había salido de la habitación, y ella me respondió:

—Cuando era pequeña me escapaba a menudo de nuestra casa de la capital, y ahora que vivimos solos puedo quedarme aquí fuera todo el tiempo que quiera. Aunque no lo creas, a veces me apetece.

De todos modos, debo decir que prefiero la noche al mediodía.

—Entonces, ¿por qué has salido ahora?

—Para que me dé la luz del sol y mi piel no se deteriore demasiado —contestó con expresión indescifrable.

Me quedé mirándola, observando cómo lucían sus rasgos a la luz del mediodía. Incluso con sus ligeras arrugas y su habitual expresión apagada, para mí siempre tenía un aspecto magnífico. Me imaginaba su enmarañada melena castaña alisándose mágicamente y danzando con el viento, su rostro iluminándose con la energía de la vida. Quería abrazarla. Quería cubrirla de besos; esperaba que de algún modo, cada vez que mis labios tocasen su piel, ella recuperaría poco a poco su fuerza hasta sobrepasar mi imaginación. Pero sabía que ella nunca me dejaría. Detestaba el contacto físico, y mi propia vergüenza para con ella no ayudaba. Desde que era pequeño, mi hermana era la única persona por la que había sentido algo; la única mujer para la que yo tenía ojos. El sufrimiento de la mayoría de las personas me traía totalmente sin cuidado. Ver a Eleanour marchitándose siendo aún tan joven me rompía el corazón, aunque, si se preocupaba por su propia salud lo suficiente como para salir a tomar el sol, quizás no estuviera todo perdido. En cierto modo, ella siempre había llevado su sufrimiento con dignidad y estoicismo, lo cual me hacía admirarla aún más.

—¿Me dejas que te alise el pelo? —le pregunté en un arrebato. Ella levantó las cejas. Estaba seguro de que se iba a negar, pero para mi sorpresa, su expresión se suavizó y volvió a sentarse.

—Por favor —me dijo con un tono sedoso que no había escuchado casi nunca. Tras sentarme yo también, comencé a deshacer los nudos con las manos, uno a uno, resistiendo la tentación de hundir la cara en su melena. Lo hice en silencio; tras unos minutos, su pelo tenía un aspecto más limpio. Durante largo rato nos quedamos allí, yo acariciando su melena y ella dejándose peinar. Se me ocurrió un tema de conversación y decidí lanzarme.

—Hermana...

—¿Sí, Isaac?

Tardé unos momentos en encontrar la forma adecuada de abordar el tema.

—Digamos, hipotéticamente... que pudieras transformarte en un ser inmortal, con capacidades físicas y mentales superiores, eternamente joven, pero que tuvieras que matar para sobrevivir.

—¿Qué clase de disparate es ese? —respondió, endureciendo un poco la expresión al mirarme.

—Hazme el favor de considerarlo. ¿Qué te parece?

—Que es un experimento mental ridículo, eso es lo que me parece. Pensaba que tantos años de exposición a la cultura del otro mundo te habría hecho inmune a ese tipo de cosas —dijo lo mismo que Andrei.

—¿Te ha hecho inmune a ti? —le repliqué.

—Nadie es inmune al escapismo —respondió.

—Imagina que estás metida en el mundo de *El ansia*. Te enseñé la película hace unos años, ¿no? Piensa que la primera escena se repite todas las noches, eternamente, y no envejeces nunca. Y vas bien tapada.

—Ah, ya entiendo... Sería maravilloso —su expresión se tornó soñadora de repente.

Cuando le pregunté, sorprendido, si de verdad se veía capaz de cometer asesinatos cada noche para sobrevivir, su sonrisa se volvió burlona, algo que nunca había visto en ella. Llevaba yo más de una década observándola, y sin embargo nunca había visto sus labios curvarse de una forma tan mezquina y despectiva como acababan de hacerlo.

—Lo disfrutaría como no he disfrutado de nada en los veintinueve años que llevo viviendo. Caminaría por las calles de la capital con la elegancia que siempre he llevado dentro y que tú nunca has llegado a ver, y desataría mi furia contra este mundo de una manera que redefiniría la palabra crueldad. Ni siquiera la mente más retorcida del mundo de los cineastas que tanto adoras sería capaz de plasmar tal destrucción —su expresión se iba tornando cada vez más demente, y sin embargo conservaba una cierta serenidad,

como si ella supiera que su deseo nunca se haría realidad, y que nunca debía—. Mataría a hombres, mujeres y niños por igual; mi odio se materializaría en este mundo en forma de montañas de cadáveres. Y durante todo este proceso, yo no sentiría ni siquiera una pizca de remordimiento. Odio este mundo y a toda criatura viva que lo habita, exceptuando solamente a una.

Debo admitir que mis manos, que hasta hacía poco seguían tocándole el pelo, se habían quedado paradas, puesto que el discurso de mi hermana me había tomado totalmente por sorpresa. No era estúpido; sabía de sobra que más de una década de sufrimiento a manos de nuestro padre y del resto de la familia tenían que haberla llenado de rencor y frustración, sentimientos que se reflejaban en el agotamiento casi eterno que plasmaba su cara. Pero que su estado mental hubiese degenerado hasta el punto de hablar de matar niños con semblante extasiado me causó una punzada de pánico. Pero, al mismo tiempo, nació en mi interior un sentimiento contradictorio, pues pocas cosas deseaba yo más que ver a mi hermana tan vibrante como estaba ahora. ¿Prefería ver a Eleanour pudriéndose física y mentalmente, o que recuperase la vitalidad convirtiéndose en un monstruo genocida?

Sacudí la cabeza con pesadez. En cualquiera de los casos, se trataba de un supuesto que jamás se haría realidad. Y en el momento en que pensé eso, la cara brillante e irreal del ser que había encontrado en el prado me vino a la cabeza.

—¿No me preguntas cuál es esa persona a la que no odio? —me dijo Eleanour.

—No quiero ser presuntuoso. Aunque si no fuera yo, no me dejarías acariciarte el pelo.

—Exacto.

Se me acercó con ojos brillantes, hasta que sus labios descansaron sobre mi oreja derecha, y procedió a pronunciar unas palabras que causaron un aluvión de emociones como nunca había experimentado:

—Yo sería feliz matando por ti.

